

Tierras con historia: Lanzahíta

“Tenemos que conocer la historia para comprender quiénes somos”

(T. Todorov).

Escribir la protohistoria de Lanzahíta es a la vez sencillo y complicado. Sencillo porque a través de los hallazgos arqueológicos fortuitos que se han producido en su término, podemos conocer los tipos de gentes que han habitado sus tierras, y que se remontan, como iremos viendo, en sus orígenes a épocas prehistóricas.

Cualquier comunidad humana necesita saberse situada no sólo en el espacio que ocupa sino, sobre todo, en el tiempo. El aliento del presente y la construcción del porvenir de sus generaciones venideras dependen, en gran medida, del conocimiento de las raíces de su historia. El paso del tiempo ha ido dejando en Lanzahíta un buen número de restos históricos y arqueológicos de cierto interés que nos permiten intuir cómo eran y cómo vivían los hombres y mujeres que habitaron nuestra tierra hace miles de años, además de cómo era su entorno, las condiciones climáticas, el paisaje, su forma de vida.

Su pasado protohistórico, que es indudablemente céltico, vettón, y el más moderno romano, deberá ser desde ahora valorado lo suficiente, como patrimonio de sus hombres que pervive por lo siglos y que se asoma sin complejos a la centuria del siglo XXI, aunque haya todavía mucho y muy interesante por descubrir.

Orígenes de un pueblo.

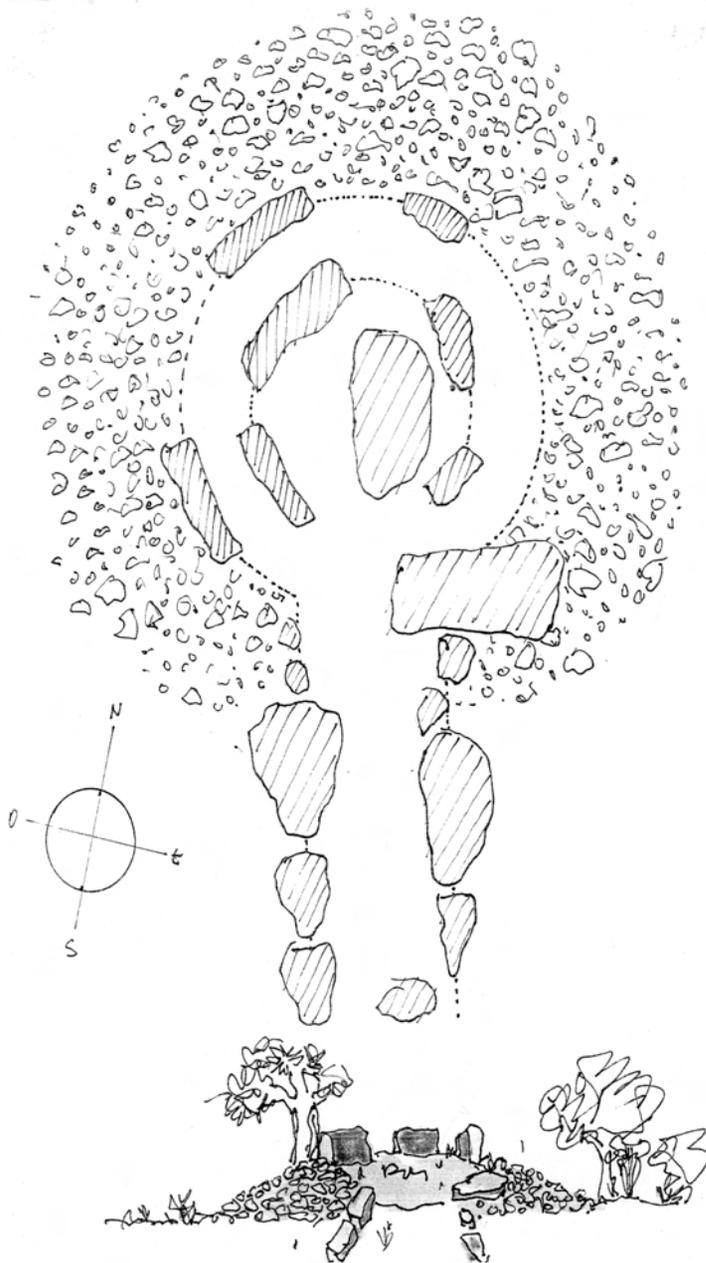
(Calcolítico y Edad del Cobre. 3500 al 2000 a. de C.)

Los testimonios más antiguos de la ocupación humana de estos parajes de Lanzahíta podemos encontrarlos haciendo referencia a la primera

cultura que habitó este valle. Se trataba de gentes o grupos de cazadores y ganaderos seminómadas que poblaban y deambulaban por la estribaciones de Gredos y las riberas del río Tiétar, realizando periódicos cambios de residencia, fruto de emigraciones estacionales a lo largo de todo el valle. Este tipo de trashumancia entre asentamientos de baja altitud en la vega y zonas de pastos enclavados más al norte, es una práctica que perdura aún hoy en nuestra región, y que tendría sus orígenes más remotos en el Calcolítico, dejando su impronta en la dehesa Robledoso, donde se conservan aún los restos de un dolmen con su túmulo funerario, prueba clara de que el Valle ya conocía una ocupación humana estable hace más de cinco mil años.

La falta de estudios arqueológicos y publicaciones acerca de esta época en nuestro valle hace muy difícil conocer con detalle una etapa tan lejana de nuestro pasado, por lo que se ha pretendido objetivizar al máximo su descripción, para no caer en terrenos especulativos, por desgracia no siempre fáciles de evitar.

El Dolmen del Robledoso es conocido desde siempre por las gentes de nuestro pueblo como el “Sepulcro del Moro”, con esa tendencia tan arraigada en las gentes del campo de achacar a los “moros” todo aquello que es antiguo y no acaba de entender bien. El monumento está enclavado a la vera del Arroyo Herradón y a unos doscientos metros del río Tiétar, sobre un pequeño cerro desde el que se divisa todo el entorno. Se trata, por tanto, de un lugar estratégico, ligeramente elevado y junto a dos corrientes de agua, muy adecuado, por tanto, para pensar que en las inmediaciones del monumento funerario tuvo que asentarse de manera estable un pequeño núcleo de población, ya que de otra manera no se hubiera construido como lugar de enterramiento un monumento funerario colectivo, pensado no para enterrar a una persona sola, sino a todos los miembros de un clan o grupo social amplio. El entorno paisajístico, en tierra de pastos, con bosque de encinas, nos induce a pensar en un grupo de gentes que fueran esencialmente ganaderos y que encontraran en la caza, todavía rica, en una incipiente agricultura y en la recogida de los alimentos que la Naturaleza ofrece espontáneamente, su medio de vida, que debemos intuir ciertamente austero.



Planta y alzado del dolmen El sepulcro del Moro. (Lanzahíta)

El dolmen, semiderruido y de conservación muy deficiente, corresponde a la clásica forma de tumbas de corredor, con una cámara construida con grandes lajas de granito, algunas de ellas caídas, y rodeada de pequeños amontonamientos de piedras, cuarcitas, que en su día formarían parte del túmulo que protegiera la estructura dolménica propiamente dicha, cuya línea periférica se observa perfectamente. El corredor es de mediano tamaño, ensanchándose en su entrada; bastante bien conservada, orientado al Sur. Las lajas están tomadas de la roca granítica local. Tanto las grandes como las de mediano tamaño están dispuestas en vertical en la cámara y el arranque del corredor, y apaisadas en la prolongación de éste, en lo que sería la cámara. Esta, según nos contó el guarda de la finca, fue excavada hace años para capturar los conejos que se refugiaban en ella, sin recordar que se hubieran extraído objetos de ningún tipo. Es frecuente, sin embargo, que este tipo de monumentos se haya saqueado desde época antigua, precisamente desde los tiempos de los "moros", e incluso desde época romana.

Dada la semejanza de construcción del Dolmen de Robledoso con los aparecidos en la vecina provincia de Toledo (Azután, La Estrella, Guadalperal, Navalcán, etc.), debemos enmarcarlo dentro de su mismo grupo cultural, formando parte del megalitismo de la Meseta Sur con el conjunto de monumentos de la cuenca del Tajo. Sería preciso, sin embargo, proceder a su excavación sistemática y al estudio de los materiales que todavía puedan hallarse en su interior, para conocer con detalle sus características y su cronología, aunque ésta pueda deparar pocas sorpresas, ya que se trata de monumentos muy bien conocidos, que estuvieron en uso desde finales del Período Neolítico hasta principios de la Edad de Bronce (III-II milenios a. C.), hallándose en uso, por tanto, a lo largo de períodos de tiempo muy dilatados, siglos, y sólo la excavación arqueológica del monumento nos permitiría precisar mejor los momentos de su fundación, utilización o abandono.

El único objeto encontrado dentro de su perímetro (recordemos que está sin excavar) es una punta de flecha de bronce tipo palmela, lo que demostraría la utilización del monumento durante un amplio período de tiempo. Las puntas de flecha tipo *palmela* son uno de los elementos más característicos de la cultura campaniforme en la Península Ibérica,

contrastando la relativa abundancia de su presencia en ella con su rareza en el resto de Europa. La hoja es lanceada con tendencia a la forma “hoja de laurel”, sección plana, pedúnculo rectangular y buena conservación. Cubre su pátina de finas grietas y granulada. Long.: 65 mm. Anchura: 15 mm. No tenemos nosotros ningún otro elemento que nos ayude a datar y fechar con cierta aproximación este objeto. Las puntas *palmelas* se hallan, sin embargo, perfectamente datadas en otros yacimientos excavados, Orce, Praia das Macas, Zambujal, etc., por lo que nos aventuramos a incluirla en un momento tardío dentro de la Cultura Campaniforme, entre 1700-1600 a. C., lo que demostraría la evidente reutilización del monumento durante amplios períodos de tiempo.

Los elementos líticos recuperados son dos lascas de sílex blanco de grano fino, material escasísimo en todo el valle. También recogimos en el pasillo de acceso una pequeña bola de piedra anaranjada con dos bandas en relieve, paralelas, en su parte central.

El túmulo, además de ser un lugar funerario, debió de ser también un espacio simbólico utilizado como frontera de poblaciones limítrofes. La monumentalidad del mismo túmulo demuestra que ya en esa época existía un sistema de clases por el cual se creaban desigualdades sociales. Sólo las clases más altas podían permitirse la celebración de rituales en túmulos funerarios que servían a su vez de punto de referencia y encuentro de las diversas clases que poblaban la zona y en los que se ponía de manifiesto tales diferencias.

Existió una rudimentaria red comercial y también cultural, pasando los objetos líticos de mano en mano produciendo un intercambio de bienes; además este intercambio es prueba de que se generaban excedentes de producción, lo que explicaría la emergencia de las clases altas.

Los túmulos constituían en esa época lugares de culto de diversas comunidades del entorno, es decir, pequeños grupos de personas que vivían en la zona se encontraban en estos espacios, que tenían a la vez carácter sagrado-religioso, social y comercial, siendo, pues estos usuarios los primeros ganaderos y agricultores de nuestras tierras.



Hacha neolítica, molino barquiforme y moledera



Hacha pulimentada del Neolítico y moledera



LA ERA

DOLMEN



EL ROBLEDO Y GUADALQUIVIR



EL ROBLEDO (LA ERA)
CASAS DE GUADALQUIVIR
CASAS DE AGÜERO

Edad del Bronce (1.800 al 800 a. C.)

La plena Edad del Bronce está mejor documentada en la zona. El tránsito Cobre-Bronce en la cuenca del Tajo no se traduce en un aumento repentino y espectacular de la producciones metálicas. Durante un largo período parece mantenerse la tónica de escasos hallazgos registrados durante el Calcolítico, perdurando la misma tecnología metalúrgica vigente hasta entonces. El utillaje conoce pocos cambios; se sigue usando hachas planas como en la Edad del Cobre, punzones de doble punta, etc. Una novedad es la aparición en esta época de puñales de lengüeta. La gran revolución metalúrgica acontece en nuestro valle tardíamente, ya en pleno Bronce Final y con influencias del Bronce Atlántico que aporta espectacular multitud de armas y útiles nuevos, como calderos de chapas, fíbulas de codo, cascos, puntas de lanza, colgantes amorcillados, torques de oro y bronce, etc.

Hasta ahora, los yacimientos conocidos de esta época en el valle se ceñían a los bordes montañosos de la sierra de Gredos: Prao de la Camera, El Raso, Castillejos de Chilla (Candeleda), El Cerro (Gavilanes), etc. Son todos ellos marcadamente defensivos, rodeados de murallas y encastillados sobre abruptos cerros a pie de monte.

En Lanzahíta, el panorama que se nos ofrece en esta materia es novedoso y completamente distinto al comprobar la existencia de al menos tres extensos yacimientos documentados en sus tierras llanas. Las ventajas de estos poblados asentados en campo abierto sería, por encima de todo, económico, ya que su población vive directamente sobre el terreno que explota, sacrificando la posible defensa de su hábitat, de estar enclavado en sitio elevado a la compleja realidad político-económica de sus habitantes.

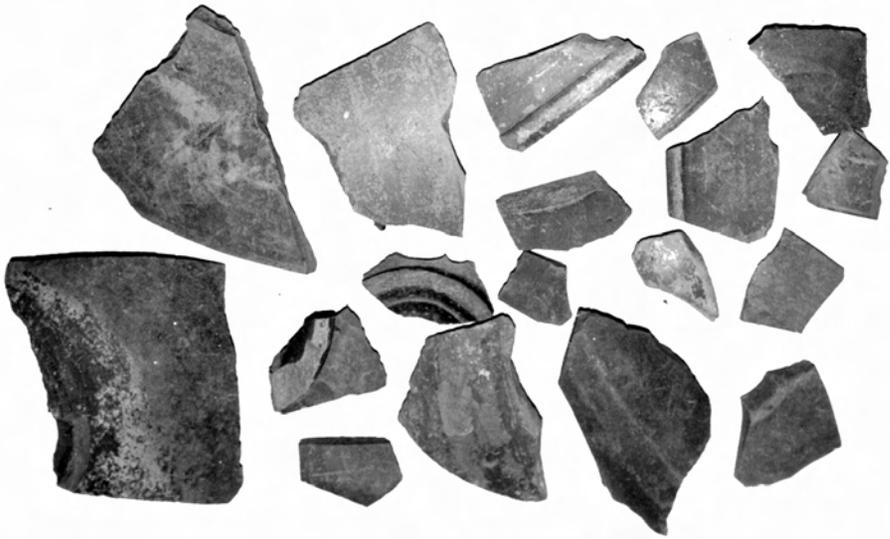
A estas gentes del Bronce Final podrían pertenecer los tres extensos poblados que se extienden y ubican en la vega de Lanzahíta. El primero al sur de las casas de Agüero y alrededor de un castaño centenario que allí creció. El segundo en el pago La Era de la dehesa de El Robledo y el tercero, por ahora el último, ocupa las vegas al sur de las casas de Guadalquivir y el arroyo Merdero. Todos ellos están situados en plena vega,

esto es, en terreno llano y sin defensa alguna. Terreno dedicado en la actualidad a la explotación del espárrago, frutales y forraje de ganado.

De las posibles edificaciones de aquella época, solo restan en la actualidad unos pocos cantos rodados en superficie y en su mayoría formando muros de separación de las fincas, aunque de trecho en trecho se adivina diferente coloración, más oscura, del terreno, acaso correspondiente a los antiguos fondos o “ceniceros” de cabaña.

Las poblaciones de los tres asentamientos basarían su economía en el pastoreo de ganado caprino, ovino y especialmente vacuno, sin despreciar la crianza del cerdo “*Sus domesticus*” (los más viejos de Lanzahíta aún recuerdan y llegaron a conocer toda la vega cubierta por frondoso bosques de robles), sin descuidar la aportación cinegética de especies salvajes del entorno y la riqueza en peces de la garganta y ríos vecinos. La abundancia de piedras de molinos “barquiformes” en los tres asentamientos es notoria y seguramente sirvieron para majar gramíneas y bellotas; pero fuera de estos datos puntuales no tenemos mayor testimonio de la práctica de una cierta agricultura.

Los materiales cerámicos de los tres asentamientos son completamente iguales y comprenden formas diversas y variadas. La continuidad del Bronce Final Pleno con el Bronce Final Reciente-Hierro, la tenemos documentada en las cerámicas con retícula bruñida y excisa con formas de calidad y toscas de cocina. Hemos hallado en la superficie de los tres asentamientos y en su inmediaciones numerosísimos fragmentos de vasos y cuencos fabricados a mano. La mayoría están rodados y erosionados, pues es una zona intensamente labrada y explotada agrícolamente desde antiguo; el tamaño suele ser pequeño, no mayores de 8 cm, superficie alisada y bruñida, de formas simples (cuencos carenados, cuencos rectos o abiertos) de pequeño tamaño y cocción reductora. La decoración visible en alguno de ellos se reduce a líneas incisas en los labios, radiales desde la carena a los bordes, dientes de sierra o triángulos invertidos y cuadrículados, muy similares a las cerámicas con decoraciones típicas del horizonte Cogotas I. La impresión junto con la incisión son las técnicas que más representación tienen en los tres yacimientos.



Fragmentos cerámicos diversos de los tres asentamientos de la Edad del Bronce

En general, las formas de estas cerámicas, siempre facturadas a mano, son los cuencos más o menos abiertos; los platos de carena alta, las formas bitruncónicas y algunas de mediano tamaño.

Las pastas son, en general, de color marrón claro, alisadas por el interior y el exterior, bien decantadas y cocidas a fuego reductor. Las pastas son siempre así muy parecidas y los desgrasantes utilizados los mismos a base a arenas y micas, mineral muy abundante en la zona.

Son frecuentes las piedras de molino, todas ellas del tipo "barquiforme", excepto una muela voladera circular, utilizadas tanto para moler grano, como especialmente bellotas, cuya harina, sabemos por las fuentes, era muy apreciada para fabricar panes y tortas.

La industria lítica tallada se caracteriza por la presencia de lascas, útiles microlíticos, raspadores, elementos de hoz, hendedores, cuchillos, hojas o láminas de dorso. Toda esta industria es de cuarcita blanca con lustre de cera y grano finísimo. Todos estos útiles son relativamente abundantes en los tres yacimientos y muy especialmente en la depresión que vierte a la garganta Eliza de "La Era".

La industria lítica pulimentada tiene su representación en diversas hachas, azuelas y martillos de granito pulimentado.

Varias hachas han sido recogidas por diferentes agricultores en varias parcelas, guardándolas en sus viviendas. Una de ellas, de extraordinaria factura, perfectamente oval con extremo afilado y el otro apuntado, indicando sin duda su doble función de pico y hacha, fabricada en granito gris con vetas azules fue encontrada al sur de “La Era” por el dueño de la finca, don Antonio Hernández García.

D. Pablo Martín Hernández guarda en su casa, junto con un molino barquiforme, otra hacha fabricada en cuarcita con vetas negras de sección rectangular aplanada, muy pulimentada; ha perdido el filo en un 90%. La halló en una finca de su propiedad en el asentamiento del Robledo.

Son frecuentes los hallazgos de percutores, pequeños cantos rodados de forma conveniente, unas veces alargados, otras ovalados o redondeados, en los que se observan señales de uso, por la cara central en los redondos y por los extremos en los fusiformes. Son muy abundantes en los tres asentamientos, lo que se explica por la facilidad con que pudieran obtenerlos, ya que los ofrece de manera inagotable la garganta La Eliza que bordea por Poniente los tres asentamientos. Recogimos, a su vez, un pequeño canto redondo aplanado que presenta en una de sus caras un trinquete inciso. La industria textil viene evidenciada por el hallazgo en superficie de una fusaola que, dentro de su sencillez, puede considerarse de cierta elegancia y atractivo, lo que manifiesta el buen gusto personal por los pequeños objetos funcionales. El ejemplar, hecho a mano en barro gris-oscuro, lleva decorado el borde inferior por seis cruces en forma de aspas incisas.

Por lo demás, hacer constatar la escasez de hallazgos en superficie de material y útiles de metal, apenas pequeños trozos de bronce, informes y muy rodados, acaso porque al abandonar sus habitantes los tres poblados, se llevarían consigo todo lo que pudieran necesitar en sus nuevos hogares, y entre ellos lógicamente los útiles más valiosos y fáciles de transportar.

De excepcional es el hallazgo casual y descubrimiento, en el verano de 2003, de un importante depósito de armas de bronce en la periferia del

asentamiento de La Era. El hallazgo de las armas de bronce se produjo fortuitamente al ser retirados los restos quemados de hojarasca, troncos y ramas de árboles depositados y abandonados en el vecino vivero municipal. Al retirarse las cenizas por la acción del viento, dejó al descubierto, entre un amontonamiento de rocas y cantos rodados allí de tiempo atrás, el conjunto de armas.

El ajuar está formado por una espada, dos lanzas y un cuchillo. La espada, de tipo pistiliforme, aparece rota en tres partes y ligeramente arqueada en su tercio final, partes que casan perfectamente porque no hubo dificultad alguna al unirlos para consolidarla. Su tamaño es de 42,5 centímetros. Se trata, pues, de una pieza pequeña si se compara con la de la Ría de Huelva (60 a 90 cm), pero mayor que sus homólogas de Puertollano en la provincia de Ciudad Real (la mayor de las diez mide 36,7 cm). Por otro lado, la empuñadura tripartita no deja lugar a dudas de que se trata de una espada y no de un puñal, de ahí que nos encontremos ante un tipo particular de espada corta. Evidentemente no conserva las cachas, que debieron de ser de material orgánico. El puño es ovalado con calado central paralelo a los bordes exteriores. Al pomo le rematan dos pequeñas pestañas o antenas en forma de cola de pez. La guarda se halla suavemente curvada hacia el inicio de la hoja, con tres calados laterales en ambas partes. La hoja presenta nervio central romo a lo largo de la misma y marcado en la guarda, delimitado por acanaladuras que nacen en la guarda y progresivamente se estrechan en la punta. El puñal es de pequeño tamaño (12 cm), ligeramente ovalada la hoja a dos mesas. Al empuñadura se le han tallado dos muescas a cada lado a modo de ricazos para facilitar su empuñadura.

De las puntas de lanza, la primera aparece rota por su mitad, pero como en la espada las dos partes casan perfectamente, además le falta la punta; la otra, más incompleta, sólo conserva la mitad de la hoja y el tubo de empuñadura. Las medidas en origen serían de 17 cm. Tienen ambas nervio central muy acusado, aletas foliadas y tubo de empuñadura, corto y ancho. El estado de conservación en general es bastante bueno, con pátina lisa y brillante en la espada y puntas de lanza, no así en el puñal que aparece picado todo él.



*Espada pistiliforme del Broce Final Atlantico y detalle de la empuñadura
(Museo Arqueológico de Ávila)*

Las armas corresponden tipológicamente al Bronce Final Atlántico, uno de los periodos fundamentales de la Prehistoria del Oeste de Europa, caracterizado por el espectacular desarrollo de la metalurgia, que viene a constituirse casi en la única actividad industrial y en la manifestación cultural más conocida de esta época. Tanto es así que los hallazgos más frecuentes de este periodo son los depósitos de bronce, que son bastante numerosos en los territorios propiamente atlánticos como Galicia y Portugal. Hasta ahora su presencia en la provincia de Ávila era testimonial, ya que sólo se conocen hallazgos puntuales de hojas de lanza, hachas y cuchillos en El Raso, Sanchorreja, El Mirón, Berruoco, Cogotas y poco más, pero al menos hasta ahora no se había encontrado espada alguna de esta época y tipología, por lo que podemos considerarla pieza única e inédita, de ahí la importancia de este nuevo descubrimiento, sobre todo porque se ha producido en el Alto Tiétar y precisamente en Lanzahíta.

Sólo añadir que todo el ajuar, si es que lo consideramos como tal, aparece descontextualizado, ya que tanto unas como otras armas fueron encontradas en niveles revueltos de cenizas arbóreas y oquedades de las piedras amontonadas allí. Volviendo a su clasificación podríamos preguntarnos si fueron "depósito de fundidor", "depósito de mercader" o "depósito votivo". Cualquier respuesta sólo podría darla una excavación oficial de la terrera donde están acumulados los restos de tierra y piedras extraídos por la máquina portadora.

Edad del Hierro. Los vettones (600 al 50 a. C.)

Podría sospecharse con cierto fundamento la presencia en el término de Lanzahíta de algún poblado vetón, concretamente, dos. El primero lo situaríamos en las inmediaciones del cerro Castrejón, lo sugiere en principio el mismo nombre del cerro y del arroyo que lo circunda, y también ciertos hallazgos de útiles metálicos en sus alrededores.

El segundo posible hábitat estaría enclavado en las inmediaciones de los prados Belvís y Correa, a los que antiguos documentos los denominan como prados del Castrón.

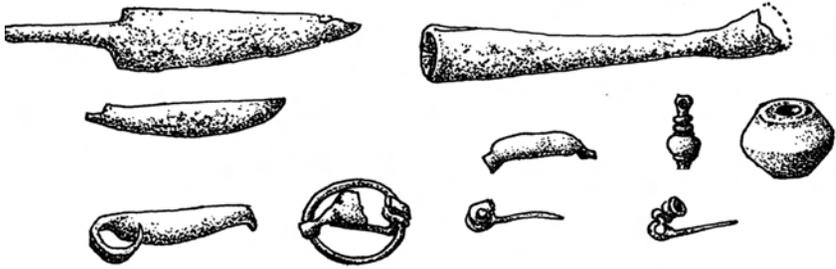
Castrejón

Las pequeñas comunidades y grupos de indígenas del valle van a sufrir en los siglos VII o VI a. C. un profundo proceso de renovación. Podríamos decir más bien que los antiguos indígenas van a ser sustituidos en el dominio de nuestra zona por las recién venidas gentes, mucho más numerosos que ellos, que sin duda conocen ya el uso del hierro, los cuales se asientan en poblados, "castros", generalmente en las estribaciones de la sierra. Allí desde el principio se relacionan con los pueblos meridionales, adoptan el torno de alfarero y desarrollan el progresivo perfeccionamiento de la metalurgia del hierro. Son los vetones, pueblos celtas, gente de la cultura hallstática y campos de urnas.

Aunque se ha hablado con frecuencia, y aún se sigue haciendo en algunas ocasiones, de invasiones o conquistas célticas, es evidente que quienes cruzan los Pirineos no son guerreros, sino principalmente pueblos agrícolas y ganaderos que vienen a establecerse en nuestro suelo con sus ganados y familias. El rasgo más importante que tuvo lugar en esta etapa fue la generalización del fenómeno castreño. A la falta de vigor de los grupos culturales preexistentes le sucede ahora un ascenso muy significativo de poblados, en su primera etapa sin fortificar y más tarde fortificados. Estos cambios transcendentales no se producen de manera inmediata en nuestra región, pero son los que permiten hablar de una nueva etapa que no tiene por qué significar necesariamente una ruptura de la anterior. De este modo, hasta que no se generaliza el fenómeno castreño, no empezamos a vislumbrar una organización de poblamiento y territorialidad que adquiere su máxima expresión al comienzo de la conquista romana.

Estos nuevos elementos humanos, asentados en nuestra tierra, desarrollarían élites de carácter guerrero basadas en su ideología gentilicia y en ocasiones grupos de guerreros de las clases desheredadas se ocuparían como mercenarios en otras regiones.

Adoran a las fuerzas naturales, al Sol, la Luna, las fuentes y ríos; sus templos los sitúan al aire libre en los claros de los bosques y en las



CASTREJÓN



CANTO DE LOS HERREROS

cumbres de las montañas. Tienen por costumbre incinerar los muertos, depositar sus restos en vasijas y acompañados de sus más queridas pertenencias, armas, adornos, etc., enterrarlos bajo un pequeño túmulo de piedras y cantos.

El primero de nuestros castros o hábitat vettón –El Castrejón– estaría enclavado en las primeras elevaciones del piedemonte, a la derecha del arroyo homónimo y el Pinarejo, en la ladera abancalada conocida por La Miranda y Castín.

Dado que todo el perímetro que ocupara el castro está en la actualidad plantado de pinos y olivos, las piedras de las posibles viviendas han sido reutilizadas como paredes de las diferentes cercas y bancales, siendo

casi imposible determinar exactamente la extensión del poblado; en algunos sitios se puede detectar aún el círculo de piedras, base de las antiguas casas derruidas, conservando alguna de ellas todavía las dos piedras que delimitaban la entrada.

Los materiales, muy escasos, recogidos en superficie, son fragmentos de vasos de cerámica a mano, en su mayor parte muy rodados y erosionados y de tamaño muy pequeño para proporcionar perfiles de ningún tipo. Tan sólo alguno de ellos permite reconstruir su forma gráficamente, que correspondería a los catinos de El Raso. Se trata de cerámicas hechas a mano, poco o mal decantadas, cocciones deficientes, tonos predominantemente grises, superficies alisadas y sin decoración alguna, muy parecidas todas ellas, de pastas por lo general deleznable, de factura irregular y degreasantes a base de arenas y micas. Aparecen también otras más bastas de color rojizo y mucho más toscas de fabricación.

Los objetos metálicos hallados en superficie son: de hierro, dos cuchillos completos; el primero, recto, a dos mesas con espiga de empuñadura plana, mide: 19,5 cm. El segundo sólo conserva la hoja de un solo filo y ligeramente curva en la punta. Un gran regatón o cuchilla terminado en filo creciente roto, mide 20 cm. Útiles de bronce: una fíbula anular hispánica de pequeño tamaño, completa pero fragmentado el puente de navicilla; dos puentes de otra de doble resorte; restos de sendos muelles con aguja de sujeción; una torrecilla; remate de la mortaja de otra. Recogimos, a su vez, una fusayola de cerámica color rojizo, sin decoración.

El Castrón

Aparte del nombre del paraje, Castrón, que bien pudiera asociarse a un posible castro, ningún material lítico o metálico hemos encontrado en superficie, aunque, en el pinar que limita por el Sur con los prados de Belvís, se aprecian varios fondos de cabañas circulares, muy abundantes por otra parte en toda la sierra oriental de Gredos, que bien pudieran ser antiguas chozas de verano de cabreros y vaqueros más o menos antiguas.

Época romana (Siglo I al V d. C.)

Terminadas las guerras lusitanas y muerto el caudillo Viriato, los vetones que han luchado como aliados de éstos, derrotada la coalición, son obligados por los romanos vencedores a abandonar sus fortificados castros montañoses e instalarse en terrenos llanos donde fácilmente pudieran ser controlados, donde poco a poco irían abandonando sus costumbres y sustituyéndolas por las de los nuevos amos. A partir de ahora irán perdiendo su identidad y personalidad propias para comenzar a integrarse en la superior cultura romana. En poco tiempo olvidarán su propia lengua, y pronto les veremos escribiendo en la lengua universal del Imperio, el latín.

Construirán ahora sus viviendas, a imitación de las villas romanas, en el llano, donde la vida es más fácil y donde la *pax romana* les garantiza seguridad y orden. Estas villas son en nuestro valle pequeños asentamientos rurales y algunas veces mineros, ubicados siempre a orillas de los arroyos o del río Tiétar, sobre pequeñas elevaciones del terreno que les permiten controlar el territorio circundante donde desarrollan su economía orientada a la agricultura, pocas veces a la minería y fundamentalmente a la ganadería.

Tres son los asentamientos rurales descubiertos dentro del término de Lanzahíta. Ninguno de ellos ha sido excavado, por lo que no podemos conocer hasta la fecha su auténtica dimensión y significado. En cualquier caso debieron de tratarse de pequeñas casas de campo o granjas con una dedicación específica a la manipulación del suelo y explotación de cierta ganadería y en el caso de uno también a la minería, cuya cultura material es lo suficientemente significativa como para considerarlos como tales y que vienen definidos por la presencia en ellos de muros, fragmentos de tégulas, ímbrices, baldosas y ladrillos, cerámica de calidad, sigillata o común, numismática y escorias de fundición.

Todos estos elementos, ya conjuntamente o individualmente, pueden encontrarse en mayor o menor proporción o combinados parte de ellos. Hemos de reseñar que la presencia mayor o menor de todos estos vestigios no tiene por qué estar en relación directa con la importan-

cia y significación del asentamiento propiamente dicho, sino que estará en consonancia con los hallazgos en superficie que en ellos hemos encontrados.

El primero de ellos está enclavado entre el arroyo Malapoyos y la desembocadura de la garganta La Eliza, en una meseta conocida como "Los Escoriales". Este pequeño poblado debió de estar, total o parcialmente, dedicado a desarrollar una minería dirigida a satisfacer las necesidades locales de los vecinos asentamientos. Son abundantes los fragmentos de talas y material lítico, ocultos muchas veces por numerosos restos de escorias de fundición. Estas escorias son en general de aspecto vítreo con distinta porosidad, densidad y grado de fragmentación. Son escorias de tipo fayalítica de sílice libre, escorias de vertido.

El segundo asentamiento se localiza en la dehesa Canto de los Herberos, entre el arroyo de La Abantera y la garganta La Eliza, sobre un pequeño cerro amesetado que domina toda la dehesa, en plena llanura de sotobosque.

Estaría dedicado, ayer como hoy, a la explotación ganadera. Las tierras que lo rodean son pobres para la horticultura y cereales y sí en cambio ricas en pastos. Por lo que nos atrevemos a definirlo como yacimiento rural ganadero, hecho intuido también por su pobreza cerámica ornamental, sólo tégulas e ímbrices aparecen en su superficie. Recogimos en su perímetro, un clavo de hierro de gran cabeza, un escoplo del mismo metal, varios rollitos de plomo, que bien pudieran ser pesas de redes empleadas para pescar en la vecina garganta. Encontramos, también en superficie, dos ases de bronce, uno incatalogable, sólo llegamos a leer *Caesar* en una de sus caras, y el otro con el Emperador Tito en el anverso y *Felicitas Publica* en el reverso, también varias pequeñas láminas de cobre, dos fíbulas incompletas, la primera de charnela, conserva puente y mortaja y la segunda de doble resorte sólo el puente, ambas decoradas con punteado.

Por último, la tercera villa está asentada en Los Navazos, a unos cien metros de la garganta La Eliza. La escasez de vestigios cerámicos neta-

mente romanos, apenas unas tégulas, ímbrices y algunos trozos muy rodados de sigillata hispánica, no invalida la certeza de su asentamiento a pesar de estar todo este material superpuesto y envuelto por abundantes cerámicas comunes y vidriadas de un asentamiento medieval de la primera repoblación cristiana. De esta villa proceden dos Maiorinas y tres medio Centenionales, encontrados en superficie, de los emperadores Constancio, Teodosio, Filipo y Arcadio.

- * Agradecemos a D. Fernando Fernández Gómez, director de las excavaciones de El Raso de Candeleda, la lectura del texto y sus amables indicaciones.

